

CREACIÓN LITERARIA

LA BANDERA DE LOS TRES COLORES UNA HISTORIA CONTEMPORÁNEA

IGNACIO AMESTOY EGIRUGEN

PERSONAJES

Emilio, un niño.

Rosa, una niña.

EMILIO está en escena botando un balón de fútbol y jugando con él. Se le ve muy inquieto. Al fondo del escenario ha colocado dos piedras grandes, a modo de postes de una imaginaria portería de fútbol. Medirá la distancia entre las piedras una y otra vez. Incluso, se colocará entre ellas imitando una postura de cancerbero. Mira continuamente hacia un punto fijo de fuera del escenario por donde deberá aparecer alguien a quien él espera. Como para frenar su inquietud, repasa la alineación de su equipo de fútbol una y otra vez...

EMILIO.—Casillas, Sergio Ramos, Pepe, Cannavaro, Marcelo, Robben, Lass, Gago, Guti, Higuaín y Raúl.

De pronto, en EMILIO cambiará su estado de ánimo. Intuimos que aparece en su horizonte la persona a la que esperaba. De la inquietud ha pasado a una cierta alegría, que procura ocultar con una falsa sombra de enfado, mientras sigue jugando con el balón como si no pasara nada. Entra en escena ROSA.

EMILIO.—Casillas, Sergio Ramos, Pepe, Cannavaro, Marcelo, Robben, Lass, Gago, Guti, Higuaín y Raúl.

ROSA.—Hola, Emilio.

EMILIO.—Casillas, Sergio Ramos...

- ROSA.—¡Hola, Emilio!
- EMILIO.—Ya me iba a ir.
- ROSA.—¿Y no me ibas a esperar?
- EMILIO.—Tardabas tanto...
- ROSA.—Pero tú eres mi amigo, y yo tu amiga, ¿o no?
- EMILIO.—¿Y eso qué tiene que ver?
- ROSA.—Pues que si yo te estoy esperando y tú llegas tarde, como eres mi amigo, yo sé que no te retrasas por fastidiar, sino porque ha ocurrido algo importante que te ha hecho llegar tarde.
- EMILIO.—Vale. Vamos a jugar... Yo tiro y tú eres la portera...
- ROSA.—¿Y no quieres saber por qué llego tarde?
- EMILIO.—No, soy tu amigo y tú eres mi amiga... Si llegas tarde es porque no has podido llegar pronto, porque no te vas a retrasar para fastidiarme, ¿no?
- ROSA.—Pues, sí. Eso. Pero...
- EMILIO.—Yo también había llegado tarde. Ha sido a la fuerza... El novio negro de mi madre...
- ROSA.—¿El que te regaló el balón?
- EMILIO.—Sí, Rubén... Cuando ya salía hacia aquí, me ha «mandao» que le subiera unas cervezas del bar de Poli...
- ROSA.—¿Y por qué no se las subía él?
- EMILIO.—Estaba viendo la tele... Una serie americana...
- ROSA.—¿Y tu madre?
- EMILIO.—Tiene turno en el híper... Sábados alternos.
- ROSA.—Y le has subido las cervezas.
- EMILIO.—Después de regalarme el balón...
- ROSA.—Con lo del balón, ese Rubén te tiene de los huevos...
- EMILIO.—¡Qué va! He ido, he subido y he venido.
- ROSA.—Ya...
- EMILIO.—Y no estabas... Por lo que sea..., que soy tu amigo, y tú eres mi amiga..., y ni te lo pregunto.
- ROSA.—Pero te tengo que contar... Tú me has contado lo de la cerveza del novio negro de tu madre...
- EMILIO.—Para que veas... Anda, ponte de portera.
- ROSA.—Hoy no tocaba jugar al fútbol, tocaba ir de Indiana Jones...
- Tocaba una aventura...
- EMILIO.—¿Otra vez a la fábrica?
- ROSA.—Sí, a la fábrica. O a otro sitio...
- EMILIO.—¡Si no queda nada de la fábrica! Ya han «entrao» las máquinas para hacer el «carrefour»...
- ROSA.—Siempre queda algo... El último sábado encontramos aquellas bengalas..., que luego encendimos en la escuela...
- EMILIO.—Que casi quemamos la escalera...
- ROSA.—Si nos llegan a descubrir...
- EMILIO.—¡Vale, tía, ponte de portera!
- ROSA.—No soy tía, soy Rosa.

EMILIO.—¡Vale, Rosa, ponte de portera!

ROSA.—Desde que el novio negro de tu madre te ha regalado el maldito balón sólo piensas... ¡Que nunca te ha gustado el fútbol! Y yo de portera, no te jode... Como si no fuera una buena delantera... En el colegio...

EMILIO.—Ya me pongo yo de portero... Que no soy mal portero.

ROSA.—Mejor que delantero, desde luego...

EMILIO.—Vale, Rosa, me pongo de portero.

ROSA.—Hoy tocaba aventura... Además, no voy para jugar al fútbol...

EMILIO.—Bueno, eso sí... No te había avisado.

ROSA.—Con este vestido...

EMILIO.—¿Sabes? Con ese vestido estás muy buena..., muy guapa, digo.

ROSA.—Son cosas de mi bisa...

EMILIO.—Parece mentira...

ROSA.—¿Qué parece mentira?

EMILIO.—Lo dice mi madre... Que tu bisabuela, tan mayor, salga a la calle y vaya de aquí para allá...

ROSA.—¿Y que le importa a tu madre que mi bisa vaya de aquí para allá?

EMILIO.—No sé... Ella lo dice.

ROSA.—Y no es tan mayor... Sólo tiene 90 años...

EMILIO.—¿Y 90 años no son muchos?

ROSA.—Depende...

EMILIO.—¿Depende de qué?

ROSA.—De si estás para morirte o no.

EMILIO.—¿Y cuándo estás para morirte?

ROSA.—Eso es un misterio.

EMILIO.—No, si a mí tu bisabuela me cae bien... Siempre lleva caramelos en el bolso... Y, a veces, me da.

ROSA.—Y a mí me compra cosas... Vestidos como éste... En los chinos...

EMILIO.—Te está muy guay.

ROSA.—La bisa es la rica de la casa... Si no fuera por ella, con el paro que hay...

EMILIO.—Pero tu padre tiene la furgoneta...

ROSA.—Que dice mi madre que la van a tener que vender...

EMILIO.—No jodas...

ROSA.—Por eso, cuando mi bisa me compra un vestido en los chinos, mi madre se cabrea... Mi madre, que está sin empleo desde hace un año, y sin paro...

EMILIO.—Claro, si tenéis que vender la furgoneta...

ROSA.—Mi bisa dice que de peores mierdas hemos salido en este país... Que ella confía en ese chico, en Zapatero, que sabe lo que hace, no como los otros, que sólo quieren guerras...

EMILIO.—Igual os la compra Rubén, el novio negro de mi madre...

ROSA.—¿El qué?

EMILIO. ¡La furgoneta! A Rubén ya le gustaría tener una furgoneta como la de tu padre... Dice que es muy bonita.

ROSA.—Pero si no le contratan a mi padre ningún transporte..., ni siendo autónomo... Dice que está hasta los cojones de la crisis, de los políticos y de la furgoneta...

EMILIO.—Pero con la furgoneta os vais al pueblo de tu bisabuela en vacaciones...

ROSA.—La bisa dice que la casa del pueblo no se vende, que tendrían que pasar por encima de su cadáver...

EMILIO.—Pero sin furgoneta, ¿cómo vais a ir al pueblo?

ROSA.—Siempre está el ave.

EMILIO.—¿Qué es el ave?

ROSA.—Un tren supersónico que sale de Atocha y pasa por el pueblo de la bisa.

EMILIO.—¿Y has ido en ese tren?

ROSA.—Todavía, no... Pero desde la ermita..., una ermita muy grande, con ermitañas, unas monjas...; desde la ermita lo he visto pasar... Sssssiiiiuuuuuuuuuuuu...

EMILIO.—¿Corre mucho?

ROSA.—Vuela... Mi bisa dice que el día menos pensado se va al pueblo en el ave, y sanseacabó...

EMILIO.—Tu abuela me cae muy bien...

ROSA.—Como te da caramelos...

EMILIO.—Y..., ¿sabes? Por lo de tu vestido, también... Estás muy sexy...

ROSA.—Venga, ponte de portero, que te voy a chutar...

EMILIO.—¡Nunca quieres que hablemos de cosas importantes!

ROSA.—Tú eres el que no quieres que te cuente por qué he llegado cuando he llegado.

EMILIO.—¡Venga, no te enrolles y chútame!

ROSA.—¿Lo ves? El que no quieres hablar eres tú...

EMILIO.—Venga, ¡chuta ya!

ROSA.—¿Ya estás preparado?

EMILIO.—Sí...

ROSA lanza el balón de un punterazo hacia EMILIO situado entre las dos piedras que hacen de portería...

EMILIO.—¡Oye, chutas con intención!

ROSA.—¡Toma, como Messi!

EMILIO.—¡Chutas con mala intención, quiero decir!

ROSA.—El fútbol es el fútbol, chaval. ¿O no?

EMILIO.—Me parece que me he lesionado...

ROSA.—¿Ahora?

EMILIO.—Es que chutas con intención.

ROSA.—¡Sí, encima tendré yo la culpa!

EMILIO.—¡Me has lesionado, tía!

ROSA.—A ver, ¿qué te ha pasado?

EMILIO.—La mano, al coger el balón.

ROSA.—La mano...

EMILIO.—¡Ay, no, no, no...!

ROSA.—Eres un flojo... ¡Pero, mueve la mano! ¡Que si no, se enfía, y se te queda para el otro lado, y te tienen que operar!

EMILIO.—Ya, ya, ya... Parece que va mejor...

ROSA.—Si es que hoy no tocaba jugar al fútbol, tocaba ir de Indiana Jones...

Tocaba aventura...

EMILIO.—Pero teniendo el balón...

ROSA.—Tú..., que en el colegio te tienen que obligar para jugar al fútbol...

EMILIO.—A mí me gusta mucho el fútbol...

ROSA.—Ya.

EMILIO.—¡Me gusta verlo!

ROSA.—Por la tele. Pero en el colegio, juego yo más que tú...

EMILIO.—Y, ahora, con la mano...

ROSA.—¡Pero si ya la tenías bien! ¿O no?

EMILIO.—Todavía... Voy a estar lesionado un tiempo...

ROSA.—Mejor.

EMILIO.—¿Entonces, ahora, qué hacemos? Oye... Podríamos besarnos...

ROSA.—Claro...

EMILIO.—Por ejemplo.

ROSA.—Si no sabes...

EMILIO.—¿Entonces, lo del domingo en tu casa?

ROSA.—¡Habíamos jurado que el domingo en mi casa estuvimos con la play! ¡No cumples con tu palabra!

EMILIO.—Tampoco es para ponerse así...

ROSA.—Lo que se jura se jura...

EMILIO.—Vale, tía, vale.

ROSA.—¡Rosa!

EMILIO.—Vale, Rosa.

ROSA.—Todavía no me has preguntado por qué he llegado más tarde que tú.

EMILIO.—Bueno, ¿por qué has llegado más tarde que yo?

ROSA.—Mi bisabuela me ha contado la historia de la bandera de los tres colores...

EMILIO.—¿La bandera de los tres colores?

ROSA.—Una bandera que España tuvo antes de la guerra.

EMILIO.—¿De qué guerra?

ROSA.—De una guerra que hubo en el pueblo de mi bisabuela cuando ella se enamoró del Venancio.

EMILIO.—¿Qué Venancio?

ROSA.—Su novio. O sea, mi bisabuelo.

EMILIO.—¿Y la bandera de los tres colores?

ROSA.—Pues de eso se trata... Toda una aventura...

EMILIO.—¿Como una película?

ROSA.—Como una película, pero de verdad...

EMILIO.—¡Claro!

ROSA.—Imagínate que tú y yo somos novios.

EMILIO.—Te lo pregunté el domingo, después de besarte, y me dijiste que no.

ROSA.—Te digo que te lo imagines, sólo que te lo imagines.

EMILIO.—Parece que ya tengo la mano bien...

ROSA.—No te distraigas... Imagina que somos novios...

EMILIO.—¿Y te puedo besar?

ROSA.—Bueno, la aventura podría comenzar con un beso, pero de mentiras...

EMILIO besa a ROSA.

ROSA.—Bueno, es suficiente.

EMILIO.—¿Tú crees? ¿No somos novios?

ROSA.—Imaginamos que somos novios... Como cuando hacemos teatro en el colegio...

EMILIO.—Pero en el teatro del colegio nunca hay novios...

ROSA.—Bueno, somos novios.

EMILIO.—Y te beso otra vez...

ROSA.—No, ya nos hemos besado... Y cuando nos estábamos besando, alguien grita: ¡La guerra ha terminado!

EMILIO.—¿Qué guerra?

ROSA.—La guerra del pueblo de mi bisa... ¿Quieres que juguemos a la historia que me ha contado mi bisa o no?

EMILIO.—Que sí, Rosa... La guerra del pueblo de tu bisabuela... Si no tenemos algo mejor que hacer...

ROSA.—Es una historia muy emocionante...

EMILIO.—Vale, Rosa... Vale... Nos estábamos besando... Tus bisabuelos se estaban besando... Y alguien grita que la guerra ha «terminao»... Como en el cole, cuando nos estamos zurrando..., y alguien grita que el recreo ha «terminao».

ROSA.—Eso. Y entonces mi bisabuelo, que estaba con los buenos, que son los que pierden la guerra, le dice a mi bisabuela, muy valiente: «La guerra ha terminado y nuestra bandera, la bandera de los tres colores, todavía está en el balcón principal del ayuntamiento. Voy a cogerla para que nadie la quemé». Dilo, como si fueras mi bisabuelo... «Y nuestra bandera...,»

EMILIO.—«Y nuestra bandera...,»

ROSA.—Más fuerte... Como cuando tu madre se cabrea... «Y nuestra bandera...,»

EMILIO.—«Y nuestra bandera...,»

ROSA.—«...la bandera de los tres colores, todavía está en el balcón principal del ayuntamiento...»

EMILIO.—«...la bandera de los tres colores todavía está en el balcón del ayuntamiento... Voy a ir corriendo a cogerla antes de que los cabrones que han ganado la guerra vayan y la quemén».

ROSA.—¡Muy bien! (Lo ha dicho «sotto voce», alentando la representación en la que ha entrado EMILIO.) ¡Yo te acompaño!

EMILIO.—Dejo el balón...

ROSA.—Y me coges de la mano...

EMILIO.—Y vamos al ayuntamiento... Entramos sin llamar...

ROSA.—Subamos rápidamente al balcón principal...

EMILIO.—Sí, hay que subir al balcón... Ni cogemos el ascensor, ni nada... Vamos por las escaleras... Entramos en la habitación del balcón...

ROSA.—Salimos al balcón... Y nos ponemos a descolgar la bandera de los tres colores... No es fácil...

EMILIO.—Es bastante jodido...

ROSA.—Casi nos caemos del balcón...

EMILIO.—Si no llega a ser por ti, que me me agarras...

Mientras dicen estas frases, ROSA y EMILIO van desplegando una bandera republicana, que ha de surgir como mágicamente, por arte de birlibirloque, que se decía...

ROSA.—Pero ya tenemos en nuestras manos la bandera...

EMILIO.—Oye, la bandera de los tres colores es muy bonita... Diferente de la que tenemos en el colegio...

ROSA.—No te entretengas... Ya vienen gritando por ahí... «¡La guerra ha terminado!» Y «¡Viva Franco!»

EMILIO.—¿Franco?

ROSA.—El jefe de los que han ganado... «¡Mueran los traidores!», nos gritan, al vernos en el balcón con la bandera...

EMILIO.—¿Nos llaman traidores a nosotros?

ROSA.—«¡Mueran los traidores!»

EMILIO.—¡Los traidores son ellos... Que quieren quemar nuestra bandera...!

ROSA.—Corre, vamos.

EMILIO.—Ayúdame a doblar la bandera.

ROSA.—No podemos entretenernos... Dóblala como puedas...

EMILIO.—Si es que no puedo...

ROSA.—Vamos a salir por la parte de atrás del Ayuntamiento.

EMILIO.—¿Y adónde vamos?

ROSA.—Mis bisabuelos, después de coger la bandera del Ayuntamiento, fueron hacia la Casa del Pueblo. Pero al enfilear la calle donde estaba la Casa del Pueblo vieron que en la puerta ya había guardias civiles, con sus tricorneos, que estaban deteniendo a gente... Y les hacían gritar: «¡Viva Franco!» «¡Viva!», contestaba alguno.

- EMILIO.—Ya he podido doblar la bandera de los tres colores...
- ROSA.—Vamos a la casa del Alcalde..., que era primo de mi bisabuela...
- ¡Cuidado! Le están sacando de la casa unos paisanos que van armados...
- EMILIO.—¿Qué hacemos?
- ROSA.—Tenemos que acercarnos a casa... Que está al otro lado de pueblo.
- EMILIO.—¿Muy lejos?
- ROSA.—Un poco.
- EMILIO.—¿Por qué no vamos al colegio?
- ROSA.—No hay colegio. Es una escuela, con un maestro republicano.
- EMILIO.—¿Republicano?
- ROSA.—¡Como la bandera de los tres colores!
- EMILIO.—Un traidor, como nosotros.
- ROSA.—Mira, están llevando a la gente detenida hacia la escuela... Y el maestro republicano está entre ellos... Son muchos los detenidos...
- EMILIO.—Como no andemos con cuidado, nos van a detener a nosotros....
- ROSA.—Uno del pueblo se ha subido a la ventana de la bandera que tiene la escuela...
- EMILIO.—¿La bandera de los tres colores?
- ROSA.—La bandera de los tres colores... «¡Quémala, para que no ocurra lo del Ayuntamiento!», le dicen al que está en la ventana.
- EMILIO.—¿Eso le dicen?
- ROSA.—«No vaya a venir el «joputa» del Venancio, el de los García, esos rojos, el que está «liao» con la Trini, la de los Castro, otros rojos, y se la lleve».
- EMILIO.—¡El «joputa» del Venancio soy yo!
- ROSA.—Sí, tú eres el Venancio.
- EMILIO.—Y tú eres la Trini.
- ROSA.—La misma.
- EMILIO.—Nos tienen «fichaos».
- ROSA.—El de la ventana, enciende un mechero y prende la bandera que arde mientras se oyen unos disparos y los detenidos en la escuela se revuelven asustados. Y el maestro grita: «¡Viva la República!»
- EMILIO.—¡Viva la República!
- ROSA.—Suena otro disparo. ¡El maestro cae al suelo!
- EMILIO.—Han matado al maestro.
- ROSA.—No hay tiempo que perder. Vamos hacia casa.
- EMILIO.—Se oye música.
- ROSA.—La banda municipal... Les han obligado a tocar... Dos guardias civiles van por delante de ellos... Y otros dos, como soldados, con camisas azules, van detrás...

EMILIO.—Tocan música de fiesta...

ROSA.—Son marchas militares...

EMILIO.—Algunos niños les siguen...

ROSA.—Corre, no te detengas, Emilio.

EMILIO.—Oye, que soy el Venancio, y me estarán buscando por haber cogido la bandera de los tres colores del balcón del Ayuntamiento...

ROSA.—Párate...

EMILIO.—¿Qué pasa?

ROSA.—¿No ves? Otros soldados, con camisa azul y con pistolas y fusiles, están a la puerta de nuestra casa. Se llevan a mi padre. Mi padre se resiste. Uno de los soldados le golpea con la parte trasera de su fusil.

EMILIO.—Y de la casa de mis padres sacan también a gente. Mi padre y mi madre, mi tío Aurelio, mi prima Conchita... Y se los llevan. ¡No es justo! ¡Se los llevan por mi culpa!

ROSA.—Los mataron a todos...

EMILIO.—¡No puedo consentirlo! ¡Hay que hacer algo! ¡Por ellos!

ROSA.—No podemos hacer nada por ellos. Intentemos salvarnos nosotros.

EMILIO.—Pero eso es una cobardía.

ROSA.—No es cobardía... Mi bisa, la Trini, tenía un hijo en el vientre, del Venancio. Y la Trini lo sabía. Y el Venancio también lo sabía.

EMILIO.—¿Qué íbamos a tener un hijo? ¿Mío y tuyo?

ROSA.—Sí, tuyo y mío. Venga, vámonos.

EMILIO.—Vamos... Pero, ¿adónde?

ROSA.—No sé. La República respetó a las monjas de la ermita, ellas nos pueden ocultar hasta que pase todo.

EMILIO.—¿Y vamos a subir hasta la ermita ahora?

ROSA.—Subiremos a la noche. Mientras, podemos ocultarnos en la bodega del tío Nicolás. Está cerrada desde que huyó del pueblo por facha... Allí no se les ocurrirá buscarnos.

EMILIO.—Ya les has oído, no me perdonan el haber cogido la bandera de los tres colores.

ROSA.—Y a mí tampoco el que estuviera contigo.

EMILIO.—Nos escondimos en la bodega del tío Nicolás.

ROSA.—Por el reloj de la iglesia, que no había dejado de funcionar durante la guerra, fuimos siguiendo el paso de las horas.

EMILIO.—Con la medianoche salimos hacia la ermita.

ROSA.—Había luna llena, o eso le pareció a la Trini. Pero unas nubes oportunas oscurecieron la noche. Había fiesta en algún lugar. Y se oían las carcajadas de algunos que debían estar borrachos. De vez en cuando, algún tiro. Y más carcajadas. En nuestro caminar, llegamos a tropezar con algunos cuerpos de paisanos que habían sido asesinados. Por fin, lle-

gamos a la ermita. Llamamos al portón de las ermitañas. A través de la reja de la mirilla se distinguía a sor Juana.

EMILIO.—Somos el Venancio y la Trini, sor Juana. Nos tienes que ayudar.

ROSA.—Pudimos dormir esa noche en la ermita. Nuestra última noche, juntos.

EMILIO.—Con los primeros rayos de sol, me desperté. En la habitación donde estábamos, que por una escalera daba al campanario, había un ventanuco, a través del cual vi llegar a dos soldados de los de camisa azul. Y escuché como llamaban a la puerta de las ermitañas. «Trini», le dije a mi mujer, «levántate, vienen a por nosotros. Sube el campanario y escondete como puedas. Yo les esperaré aquí».

ROSA.—Les esperaremos los dos.

EMILIO.—No, tú te subes arriba. Recuerdo, de alguna de mis correrías, que junto a las campanas hay como un chiscón donde yo me llegué a esconder más de una vez.

ROSA.—¡Yo no me separo de ti!

EMILIO.—No puedes quedarte aquí, nos matarán a los dos.

ROSA.—Entonces, escapemos juntos.

EMILIO.—Ya no podemos.

ROSA.—Súbete conmigo al campanario.

EMILIO.—No es posible. Dame el último abrazo.

ROSA.—Se abrazaron y besaron. Y la Trini se subió al campanario y se escondió en el chiscón.

EMILIO.—Los falangistas, eran falangistas borrachos los dos pistoleros de la camisa azul, derribando la puerta del pequeño convento y avasallando a sor Juana y a su compañera sor Ana, acabaron irrumpiendo en la habitación en la que estaba el Venancio, que les recibió envuelto en la bandera de la República.

ROSA.—Desde el campanario pudo la Trini escuchar cómo los fascistas le decían al Venancio: «Gusano, tienes los cojones de refugiarte en una iglesia después de haber profanado todo lo sagrado, y encima disfrazado de cupletista republicana».

EMILIO.—Es la bandera de la España democrática. La bandera de los leales.

ROSA.—«¿De los leales?», dijeron ellos. «Te vamos a enseñar nosotros lo que es lealtad, perro. Pero sal antes de este recinto sagrado, que tus sucios pies no deben pisar», y a golpes le sacaron de la habitación y de la ermita, entre los gritos de las monjas. Temblando de miedo, porque, tan borrachos como estaban, no se hubieran interesado por mí, pude ver desde el campanario el asesinato del Venancio. «Cupletista, quítate ese vestido de puta», continuó diciendo el más corpulento de los dos falangistas, mientras el otro llevaba su borrachera en silencio.

EMILIO.—Es la bandera de la España democrática, es mi bandera, y tendréis que matarme para quitármela.

ROSA.—Conque tendremos que matarte para quitártela, ¿eh?

EMILIO.—Sí. Tendréis que asesinarme. Porque los asesinos sois vosotros.

ROSA.—«¿Estás oyendo, camarada, como este perro sarnoso nos llama asesinos, lo estás oyendo?», dijo, con una carcajada, uno de los matones.

EMILIO.—¡¡¡Asesinos!!!

ROSA.—Sin mediar más palabras el camarada del valentón, el mudo, se acercó al Venancio y poniéndole su pistola en la frente le disparó un tiro. Y al desplomarse, le pegó otro tiro, al tiempo que el Venancio decía...

EMILIO.—¡Viva España!

ROSA.—Y el mudo disparó lo que le quedaba del cargador sobre el Venancio.

EMILIO.—¡Vi-va-la-Re-pú-bli...!

EMILIO está tendido en el suelo. No se mueve. ROSA se le acerca.

ROSA.—Emilio, ¿estás bien?

EMILIO.—¿Qué nos ha pasado? He debido estar soñando. ¿Qué es esto?

ROSA.—La bandera de los tres colores...

EMILIO.—No es la que tenemos en el colegio.

ROSA.—Tampoco estamos en una república.

EMILIO.—¿Dónde está mi balón?

ROSA.—Aquí...

EMILIO.—Oye, ¿y es verdad que asesinaron a tu bisabuelo de esa forma? Todavía me duelen las balas de esos cabrones...

ROSA.—Y la Trini se libró de casualidad... Porque aquellos cabrones estaban borrachos... Fueron a buscarla horas después, pero ya había conseguido escapar... Se fue a Madrid, donde el tío Nicolás, el de la bodega, el que había huido del pueblo por facha, le ayudó... Meses después, parió a mi abuelo, al que no llegué a conocer... Murió antes que Franco...

EMILIO.—Franco, el jefe de los que mataron al Venancio, de los que me mataron...

ROSA.—El hijo de la Trini, mi abuelo, murió en la Puerta del Sol...

EMILIO.—Dónde la fiesta de fin de año con las doce uvas...

ROSA.—En ese edificio, que era de la policía de Franco, allí le torturaron, por rojo. Por la bandera de los tres colores.

EMILIO.—Por esta bandera.

ROSA.—Mi bisa me ha contado que al Venancio le enterraron en una fosa al lado de la ermita, con la bandera, y con otros, y que todavía está allí y que nadie se atreve a desenterrarlo,

ni a él ni a los otros. Que en el pueblo sigue habiendo mucho miedo... Que ella no tiene miedo, que el día que vuelva en el ave, lo desenterrará, para llevarlo al cementerio...

EMILIO.—Con la bandera de los tres colores...

ROSA.—Con la bandera de los tres colores...

EMILIO.—Cuando lo desentierren al Venancio me gustaría estar...

ROSA.—Si la bisa va en el ave, no sé... Si fuésemos con la furgoneta. podríamos llevarte... Pero con la crisis y los políticos...

EMILIO.—Oye, vaya aventura... Es más fuerte que lo de Rubén, el novio negro de mi madre, y lo de los «ahogaos» de su patera...

ROSA.—Que también es fuerte...

EMILIO.—¿Sabes? Me gusta esta bandera...

ROSA.—A mí también me gusta... La bisa la tiene junto a sus libros, pero es pequeñita... Así, tan grande, es más bonita.

EMILIO.—Me gusta abrazarla.

ROSA.—Me dejas abrazarla a mí también...

EMILIO.—Bueno...

EMILIO y ROSA se envuelven en la bandera.

ROSA.—Se está bien así, ¿verdad?

EMILIO.—Y, ¿qué hacemos ahora?

ROSA.—¿Te sigue doliendo la mano?

EMILIO.—No, ya no.

ROSA.—Podíamos jugar al fútbol. Yo me pongo de portera.

EMILIO.—También podríamos ir a tu casa a jugar con la play, como el domingo...

ROSA.—¿No estás bien aquí?

EMILIO.—Sí, pero no quiero jugar al fútbol... La verdad es que no me gusta jugar al fútbol...

ROSA.—Entonces, ¿qué hacemos?

EMILIO.—No sé... ¡Podemos suponer!

ROSA.—¿Suponer? ¿Y eso qué quiere decir?

EMILIO.—Suponer que, por ejemplo, nos besamos... ¿Vale?

ROSA.—Si te empeñas...

EMILIO.—¡Cómo si fuésemos el Venancio y la Trini!

ROSA.—No sé si sabremos suponer tanto.

EMILIO.—Pero lo intentamos.

ROSA.—Fue hace mucho tiempo... Y pocos se quieren acordar.

EMILIO.—Pero nosotros, sí.

ROSA.—Hola, Venancio.

EMILIO.—Hola, Trini.

FIN